

EVA G.^a SÁENZ DE URTURI

AQUITANIA



PREMIO PLANETA 2020

1137. El duque de Aquitania —la región más codiciada de Francia— aparece muerto en Compostela. El cuerpo queda de color azul y con la marca del «águila de sangre», una ancestral tortura normanda. Su hija Eleanor decide vengarse y para ello se casa con el hijo del que cree su asesino: Luy VI el Gordo, rey de Francia. Pero el propio rey muere durante la boda en idénticas circunstancias.

Eleanor y Luy VII intentarán averiguar, junto con los gatos aquitanos —los épicos espías de los duques—, quién quiere a los inexpertos reyes en el trono.

Décadas antes de la muerte del duque de Aquitania, un niño sin nombre es abandonado en un bosque por sus cinco madres. Acaso un monstruo, o tal vez un santo, el pequeño superviviente acabará convirtiéndose en uno de los hombres más excepcionales del medievo europeo.

Un cautivador *thriller* histórico que atraviesa un siglo repleto de venganzas, incestos y batallas. Un turbador misterio en torno a tres vidas que forjarán lo que más tarde se llamará Europa.

Vuelve la autora de la exitosa Trilogía de la Ciudad Blanca (El silencio de la ciudad blanca, Los ritos del agua, Los señores del tiempo).

A ellos, a mis hijos. Por venir.

Reseña

Un cautivador *thriller* histórico que atraviesa un siglo repleto de venganzas, incestos y batallas.

«Si una novela es una construcción como una iglesia, a la autora le ha salido una catedral. Fantástica, perfectamente estructurada, un tapiz medieval. Es la novela que a mí me hubiese gustado escribir».

JUAN ESLAVA GALÁN

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2020, concedido por el siguiente jurado: José Manuel Blecua, Fernando Delgado, Juan Eslava Galán, Pere Gimferrer, Carmen Posadas, Rosa Regàs y Belén López Celada, que actuó como secretaria con voto.

En el Paraíso no hay relatos porque no hay viajes. Son la pérdida, el arrepentimiento, la miseria y el deseo los que empujan a un relato hacia delante, a lo largo de su retorcido recorrido.

MARGARET ATWOOD

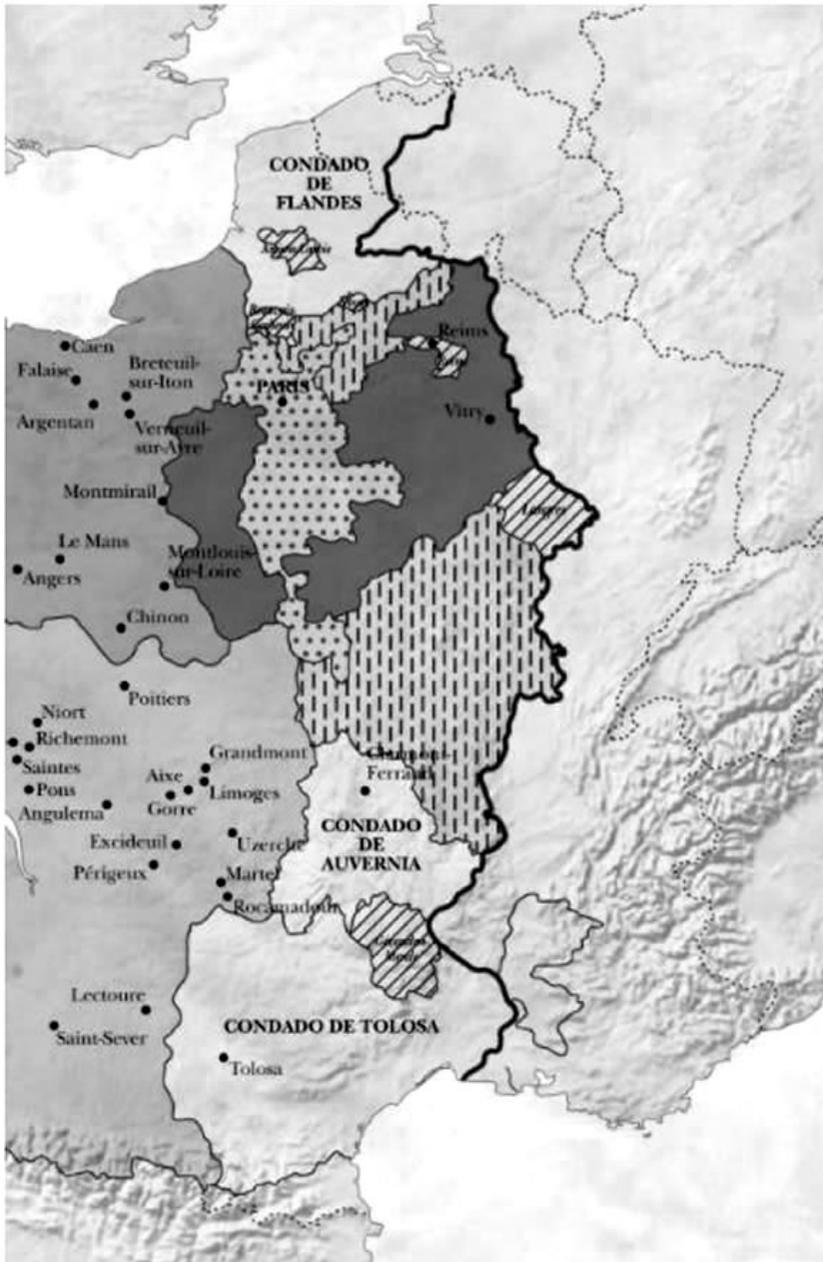
También yo he sentido la inclinación a obligarme, casi de manera demoníaca, a ser más fuerte de lo que en realidad soy.

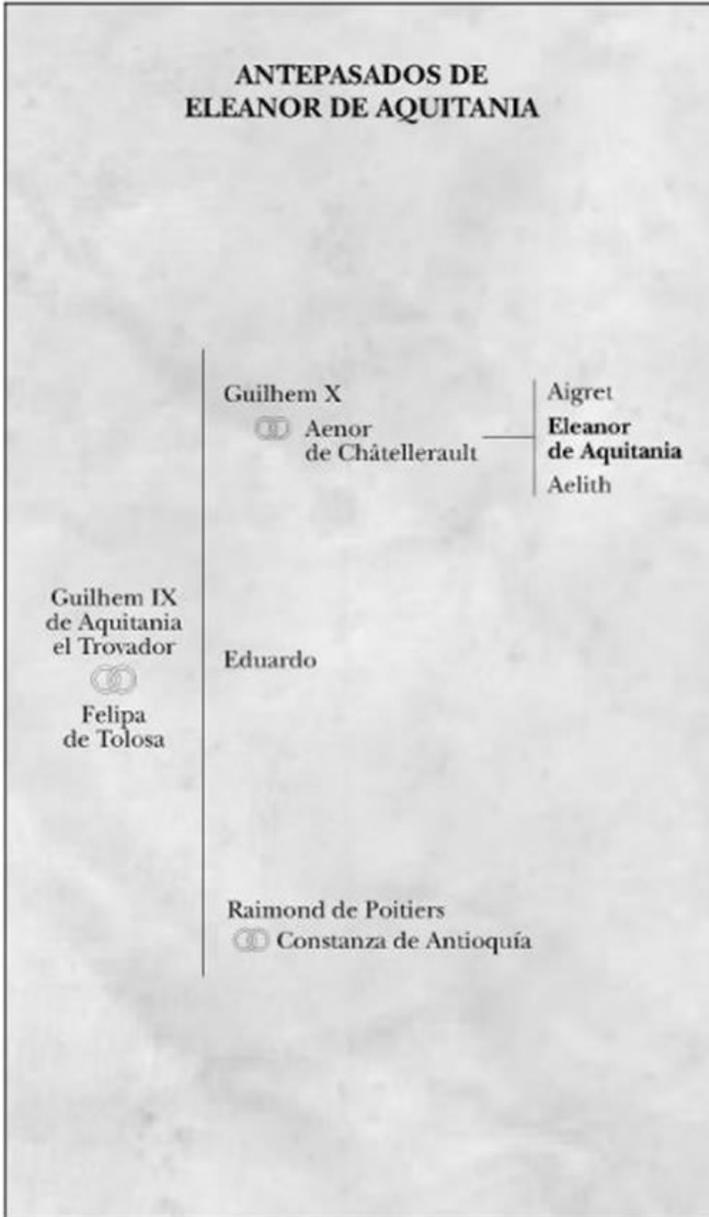
SØREN KIERKEGAARD

Un libro tiene que hurgar en las heridas, incluso provocarlas. Un libro ha de ser un peligro.

EMIL CIORAN







FAMILIA DE LUY VII

Felipe (1116-1131)

Luy VII (1120-1180) (👑 1137-1180)

① Eleanor de Aquitania	—	María Alix
---------------------------	---	---------------

② Constanza de Castilla	—	Margarita Adelaida
----------------------------	---	-----------------------

③ Adela de Champaña	—	Felipe Augusto Inés
------------------------	---	------------------------

Luy VI
el Gordo



Adelaida
de Saboya

Enrique (1121-1175)

Roberto I de Dreux (1123-1188)

Constanza (1124-1180)

④ Raimundo V de Tolosa

Felipe (1125-1161)

Pedro de Courtenay (1125-1182)

Primera parte

Prólogo

ELEANOR

Esta es la historia de mis dos familias. Los terribles duques de Aquitania y los infames Capetos, monarcas de Francia, y de cómo nos odiamos y cruzamos nuestras vidas una y otra vez hasta destrozarnos mutuamente durante aquel turbulento siglo XII, la centuria en que Occidente cambió para siempre.

Dos adolescentes, Luy, rey de Francia, y yo, duquesa de Aquitania, trazamos con furiosos tiralíneas las fronteras de lo que más tarde sería Europa entre traiciones, asedios, sangre y semen.

Fui una asesina precoz, con ocho años me bastaron dos letras: oc —«sí», en mi amada lengua occitana— para acabar con la vida de mis torturadores. Aunque también debería añadir que soy hija del incesto y culpable de amar a mi tío paterno, Raimond de Poitiers y de casarme con mi primo Luy.

El poder era nuestro, nuestros los castillos y vasallos, nuestra toda la riqueza de lo que más tarde se llamaría Europa. Nuestras fueron la Isla de Francia, Aquitania, la Gascuña y Poitiers.

Soy Eleanor de Aquitania, tengo trece años. Demonios disfrazados de mensajeros afirman que mi padre acaba de morir en circunstancias insólitas durante su peregrinaje a Compostela...

... y no hay precedentes en los libros de historia ante lo que me dispongo a hacer.

1

La muerte azul

ELEANOR

Burdeos, 1137

«Jamás renunciarán a subestimarte. Encárgate de que paguen por ello».

Esas fueron las últimas palabras que padre me dirigió antes de partir, oculto bajo su capa de peregrino. Ahora emisarios de mirada gacha afirmaban que había muerto frente al altar mayor de la catedral de Compostela, el mismo Viernes Santo, envenenado al beber de un pozo en mal estado. Como si el agua pudiera acabar con el gigante que fue. Como si no llevara siempre encima su piedra de carbón para absorber cualquier veneno, caminante curtido en mil batallas y calamidades.

Como si aquellos supuestos heraldos no formaran parte de una farsa bien tramada.

Afirmaban que venían juntos, pero Rufus el Galés traía las calzas empapadas después de una larga cabalgada, se olía el sudor de su caballo desde mi estrado.

Por su parte, el bretón Otho alegaba ser soldado, pero todavía estaba dejando crecer una tonsura que hablaba de un pasado reciente entre los muros de un monasterio. Además, venía fresco y por su mala visión —trastabilló con los peldaños, dos veces— no podía aspirar a ser hombre de acción.

—Mentira... —renegó entre susurros Rai, mi tío, mi amante.

Me miró cómplice, lo miré lento.

Intuía ya que había llegado, abruptamente, el final de una etapa. Supe que me estaba despidiendo de él y atesoré en mi memoria aquellas últimas horas. Iba a necesitar buenos recuerdos para lo que vendría.

Rai partió con el crepúsculo hacia Ultrapuertos a buscar tanto el cuerpo de su amado hermano como explicaciones para aquel sindióis. Yo permanecí al frente de la inmensa Aquitania, quedó bajo secreto de unos pocos la noticia de que Guilhem X, conde de Poitiers y duque de Aquitania, ya no caminaba entre los vivos.

No eran las primeras nuevas que nos llegaban desde la ruta del santo apóstol.

Y todas ellas se contradecían entre sí.

Unos contaron que padre había caído fulminado después de combatir a solas frente al altar mayor contra un niño. Un diminuto David había vencido a Goliat.

¿Cómo creer tal patraña?

Otros relataban que se le había aplicado el terrible tormento normando del «águila de sangre», que sus costillas fueron arrancadas y los pulmones colgaban en su espalda, a modo de cruentas alas.

La más delirante de las versiones afirmaba que besó a un bebé en la frente y ambos perecieron en el acto.

Y estos últimos mensajeros hablaban de pozos envenenados. ¿Qué versión creer? Todos coincidían, empero, en señalar entre atónitos y turbados que el cuerpo de padre quedó de un inusual color azul oscuro.

Aquel aciago día yo, su heredera de trece años, me vi obligada a volver a hablar.

Me había negado a hacerlo cinco años atrás, cuando dos malditos Capetos me tomaron a la fuerza bajo un puente del río Garona. Odié desde entonces el cabello de

trigo que me golpeó el rostro. Odié los colores azul y amarillo de la flor de lis que me aplastaron sobre la hierba.

Solo Rai, mi inseparable Rai, notó mi ausencia durante el cortejo fúnebre que volvía de la catedral de San Andrés. Llegó tarde, mas nunca supo realmente lo tarde que fue para mí y mi cuerpo de niña. Negué los hechos, habría supuesto entregar Aquitania a los reyes de la brumosa Isla de Francia.

—¿Quieres que los mate? —preguntó al descubrirnos, y por primera vez vi conmoción en los ojos azules de mi tío.

Aturdida, puse en orden mi túnica, oculté la sangre que bajaba por mis piernas. Ni siquiera él debía saberlo.

—Oc —respondí en nuestra lengua materna.

«Sí».

Una palabra, dos letras. Dos hombres, dos tajos para cada uno.

Uno en la garganta, el que selló sus eternos silencios. Otro cercenó sus hombrías, venganza por lo que nos arrebataron a mí y a mi primer amor.

Con Rai las gestas nunca quedaban a medias, no era ese su signo. Siempre se ocupaba, su rúbrica era terminarlo todo. Era poitevino como yo, negro el cabello, ojos claros y rasgados, piel bronceada por el eterno sol aquitano.

Alto fue mi abuelo, el terrible Guilhem el Trovador, putaño como pocos. Mi padre, ya lo he dicho, fue un coloso que asombraba comiendo por diez en cada banquete. De Raimond de Poitiers, su hermano —mi amor—, decían que era «el más hermoso de los príncipes de la Tierra, afable y de conversación encantadora». Doy fe, y desde niños fuimos el uno para el otro, tío y sobrina, separados por nueve años, unidos por todo lo demás.

Volvíamos de los funerales de madre y del pequeño Aigret, el que estaba destinado a ser el duque de Aquitania y no lo fue por las pústulas que lo vencieron. El Rey Gordo, Luy VI de Francia, había enviado familiares a las exequias.